

su ciudadela imbatible y Yánover no admitía cercos que prohibieran sus auténticos latidos. *A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular.* Otro sí: recuerdo que cuando yo pergeñaba versos (siempre inseguro, siempre culpable de usurpar un lenguaje que no me pertenecía) Yánover me leía y, pese a su previsible disconformidad con mi capacidad imaginativa, solía hacerme saber de una u otra manera, siempre prójima y condescendentemente, que debía seguir escribiendo, que tomara en cuenta mis propias turbulencias, que testimoniara en razón de mis propias y obstinadas liturgias. Si hubiera llegado a decirme que abandonara mis intentos, seguramente lo habría hecho y hoy me sentiría el más desgraciado y estéril de los hombres. Le debo a él, a su generosidad fraterna, estar aún en estas trincheras del pensamiento, porque Yánover es en todo y para todo un protagonista de la cultura y sabe que ese magisterio (sentirse acompañado en el amor a la poesía) debe ser esmeradamente cuidado, celosamente protegido, entrañablemente habitado. No somos muchos y, como Yánover lo dice en su prólogo a la edición española de sus memorias: *de los otros —la inmensa mayoría— que nos libre Dios (que Dios me breñi).*

Quien fue director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, sucesor, por decreto de amor a los libros, de Paul Groussac y Jorge Luis Borges, está en el lugar que con toda justicia le corresponde. Pocos como él aman los libros con esa serena sabiduría y con ese aristocrático sentimiento de pertenencia que nos hace sentir que libreros hay unos solos. Como su cliente el doctor Sánchez —que era capaz de rubricar como propios libros de Homero, Platón y Pascal: «¿Me permite? Soy el autor», y los firmaba— así Yánover sabe que muchos de nosotros no hacemos lo mismo simplemente porque no tenemos la osadía de jugarnos ni la honestidad de reconocer los empréstitos. Y entre esas tímidas censuras, puedo jurar en este momento y protegido por la distancia y el papel, que me habría gustado firmar como propio un poemario conmovedor del mismo Yánover: *Arras para otra boda.* Y aprovechando ya la impunidad, confesar que yo también robé un libro de una estantería de calle Corrientes, de una *librería de esas que son cementerio de palabras*: el *Moisés* de Martin Buber, consciente, como lo escribe Yánover, que el viejo Buber me gritaba «sálveme, sáqueme de aquí».

En estas memorias sabias y entrañables el desfile de personajes inolvidables no tiene solución de continuidad, aunque yo me quedo con uno que me resulta fascinante. Lo llamaban el Loco Palito. Con sus pantalones tubulares, su bigote de pirincho, su admiración por Juan Sebastián Bach y su sensibilidad paranoide, el Loco, esa especie de Charlot de librería, futuro asesino por amor, podía vivir anécdotas como ésta: como creía que todos se burlaban de él, se reservaba siempre la última palabra. No sabía francés y pronunciaba los nombres tal como estaban escritos. Un cliente lo interrogó:

—¿Tiene el último libro de Maurois?

—¿Usted dice de *Mauriac*? —quiso saber el Loco.

—No, de Maurois.

—Vea —se impacientó el loco— ¿de quién quiere usted: de *Mauriac*, *Maurois* o de *Malraux*? Porque hay tres.

Siempre hay, por lo menos, tres posibilidades en la librería de Yánover. *Porque en los libros de gestas viven las gestas y en los libros de viejas están las viejas (...)* y *en algún rincón canta eternamente Horacio.* Yo, que lo visitaba con frecuencia casi cotidiana —mi psicoanalista tenía su consulta a doscientos metros de la librería—, sentía la impresión, realmente, de ingresar a un templo, con sus dioses, sus rituales, sus misas y su Supremo Sacerdote. A Yánover se lo veía allí como en el justo lugar del mundo que le correspondía, rodeado de su verdadera gente, de esa masonería de iniciados (Lautréaumont, Cervantes, Stefan Zweig, Dashiell Hammett, Marechal, Camus, tantos) con los que conversaba, comía y jugaba, olvidando que era librero a fuerza de ser poeta y olvidando que era poeta a fuerza de ser librero. Hoy las cosas no han cambiado sustancialmente, porque sigue siendo ambas cosas (¿o son la misma?) con la pasión y la inteligencia de quien sabe que *después de esta larga noche tediosa/ nos volveremos a encontrar.*

Yánover habla en su libro de todos sus amores, de esa literatura que escriben los hombres para los otros hombres, de Borges y de Miguel Hernández, de Thomas Wolfe y de Shakespeare, de Virgilio y de Arnoldo Liberman (¿viste, Tito, que algún día me iba a poner, por prepotencia de autoría y desenfado, al lado de los tuyos?). Pero sobre todo, habla de sí mismo, de su *escribo para entenderme, para saber quién soy* (frase que el mismo Yánover sabe reiterada por muchos pero que en él, en su estremecimiento interrogante y en su tiritona de bu-

ceador de honduras, vuelve a tomar la validez de lo dicho por primera vez, su esencia mítica). A lo que suma esta reflexión llena de sapiencia: «Y entre las circunstancias y los deseos, cada uno llega a ser lo que puede. Y entre lo que queremos y lo que podemos, cada uno llega a ser lo que ya era». Ni Freud lo hubiera dicho mejor. Por eso no es casual que Yánover tenga su consulta a doscientos metros de los libros de mi psicoanalista. Cuántas veces pensé: «¿Y si en lugar de ir a sesión voy a ver a Tito? Aprendo más y me sale mucho más barato. Con lo que le pago a mi analista por sesión compro la cafetería de la esquina.»

En la esquina de la librería de Yánover existe una cafetería (un *café*, como se dice en Buenos Aires, es decir, el lugar donde uno se reúne largas horas a resolver la suerte del mundo) y en ella se encuentra el *escritorio de Yánover*, su oficina portátil, su consultorio para todo hacer. En ese *café*, todas las mañanas, el poeta ejerce su oficio de sacerdote y de comerciante, firma pagarés, dialoga con sus amigos consuetudinarios, hace su broma al camarero de siempre, recibe visitas, ejerce el magisterio de su librería sabiduría, da su opinión sobre el sexo de los ángeles, cita a Círyl Connolly, ama a Alejandra Pizarnik, echa de menos a Kafka, atraviesa baches melancólicos como si fueran gajes del oficio, sonríe con una de las sonrisas más cómplices e íntimas que he conocido en mi vida. Cuando viajo a Buenos Aires —cada vez más infrecuentemente— sueño con llegar la primera mañana a las ocho y media al *café* de la esquina y encontrar a Yánover, porque en poco rato sabré todo lo que tengo que saber en ese viaje y habré sumado a mi sed de diálogo con mi babelica ciudad un momento seguramente inolvidable, alimenticio, pleno. Para que una amistad se produzca deben juntarse una suma

casi imposible de trascendentes contingencias, decía Sartre, hablando de Camus. Si algo tiene Yánover es que las trascendentes contingencias le fluyen como agua de manantial. Y uno suma, suma, suma. Siempre dispuesto, siempre ameno, siempre lúcido, siempre contradictorio (antes recordaba a Kierkegaard), su presencia tiene todo el perfil mesiánico de un iluminado, consciente de que ejerce dos profesiones: *una mítica y la otra, además de mítica, sagrada*. Por ambas, porque en ellas están las huellas de su paso por la tierra, porque por ambas lloró con júbilo y sonrió con congoja, porque alguna vez escribió «no doy más», porque cada mitad de sí mismo *va conmigo en su todo de ilusión*, porque tuvo una dulce abuela y un abuelo triste, porque Lola es Lola, porque cualquiera sea el Dios que nos permitimos siempre pedimos perdón, porque en este momento, aquí, frente al ordenador, quisiera tenerlo a mi lado para hacerle saber de todas estas palabras, porque, en fin, es mi amigo, rubrico estas líneas de la manera que seguramente él lo haría: dibujando un gato (*gatos del sol por el borde del sol*) y escribiendo «abrid, abrid el corazón y el viento empujará las velas». *Besos mil, Familia Espil*.

Discúlpeme el lector si no he hablado de su libro pero quizás estas sucintas memorias, estas breves palabras, sirvan de prefacio a una lectura singular, enriquecedora y *encinta de significación*. Tito, que sabe que sólo queda el saber después de tanto, ha dibujado un Miró, con Goya asomando detrás de los palotes. «Quiero cumplir mi misión» escribió alguna vez. Héctor Yánover: misión cumplida.

Arnoldo Liberman



De la España subterránea*

El signo de los tiempos nos lleva, con nostalgia irreprimible, al deseo de exhumar los grandes y pequeños mitos que conformaron en el pasado el ser atípico y singular de la Península Ibérica. La desconfianza creciente en torno al discurso del iluminismo y al proceso racionalizador y economicista que aquél ha generado, determina una mirada nueva hacia ese pasado —medieval, gótico o, más propiamente, *barroco*—, en el que se habría formado el modo especial de *lo español*.

Comenzamos a sospechar que los signos civilizadores —las marcas de normalización— de nuestro presente cultural estarían fundados en un terreno de barbarie y de exceso, al que hay que interrogar a fin de que libere su verdad. En estas condiciones, la simple alusión a la existencia de una tradición de signo esotérico, oculta y perdida en el seno de la historia, se convierte en la metáfora más ajustada de esa españolidad especializada en construirse sobre la base secreta de una transescena, una transrealidad, un transmundo.

En ese depósito sagrado de lo nacional más propio, pocas veces se penetra con la inteligencia y la sensibilidad suficiente como para poner de relieve el rico subsuelo sobre el que se funda (o se desorbita) ya para siempre una cultura que, como la española, ha llegado a constituir el paradigma mismo del irracionalismo, la entrada en la escena de la historia de un vector que actúa casi exclusivamente en el nombre de las fuerzas oscuras y sobrenaturales.

Acometer esta tarea, penetrar en el proceso de formación simbólica de un mito nacional, no es en rigor un trabajo en el que Luciano G. Egido sea un neófito. Al contrario: un recentísimo texto novelesco suyo —*El cuarzo rojo de Salamanca*— nos ha llevado ya —siquiera sea en un escenario fictivo— a ese duelo entre el racionalismo de bayoneta que la invasión napoleónica estuvo a punto de introducir en España y el navajazo castizo que corta en el aire el fino hilo del que pende el progreso de un pueblo. Más en nuestro tiempo, la elección de ese tiempo trágico del treinta y seis y la obsesión por uno de sus agonistas centrales —Miguel de Unamuno—, movilizó, en ese otro gran texto de investigación histórica que es *Agonizar en Salamanca*, todos los fantasmas que se agitan en la caverna del inconsciente hispano.

Está acreditada, pues, en este autor, esa, diríamos, especialización en un tipo singular de escenario donde los nombres sonoros de Salamanca, de Unamuno, de la guerra de la independencia... nos hablan en sí mismos de hasta dónde puede ser conflictivo un mundo (y una lengua) que ahora recibimos (con la obligación expresa de reintroducirlo en la senda de una *normalidad* definitiva: Europa).

Frontera tras frontera, el trabajo de Luciano G. Egido nos conduce en esta ocasión —*La cueva de Salamanca*— hacia una metáfora nueva sepultada en la memoria colectiva de un pueblo, que ha superpuesto, sólo en tiempos recientes, a su viejo *hardware* poblado de fuerzas invisibles, el nuevo *software* diáfano que le suministran las cadenas de televisión con sus cosmologías mitológicas de signo débil.

Reconstruir una estructura legendaria, que además se encuentra mineralizada en el seno de una ciudad, en sí misma símbolo también del antiguo régimen, de sus trifulencias y de su paranoia sobrenaturalista (o, incluso, *surrealista*), es una operación de precisión que Egido cumple con el virtuosismo de un relojero de mecanismos no digitales.

Importaba y mucho conceder a esa leyenda local (pero tratándose de Salamanca lo local define todo un mundo ideológico; un universo —y una universidad— donde se forman los cuadros administrativos e intelectuales del

* Luciano G. Egido, *La Cueva de Salamanca*. Salamanca, Ayuntamiento, 1994.